

Tres problemas para el comparatismo

por **María Teresa Gramuglio**
(*Universidad Nacional de Rosario - Universidad de Buenos Aires*)

RESUMEN

A mediados del siglo pasado la literatura comparada tradicional recibió severos cuestionamientos que llevaron en las últimas décadas a una intensa revisión de sus principios y asuntos todavía hoy en curso. Una breve síntesis de ese proceso servirá de introducción para plantear los problemas que presenta el abordaje de tres objetos de renovada actualidad desde esa disciplina: las historias de la literatura, el estudio de fenómenos literarios o culturales supranacionales y el antiguo tópico ut pictura poesis.

Palabras clave: literatura comparada – literaturas nacionales – elites intelectuales – relaciones interartísticas

In the middle of last century traditional comparative literature received severe questions that led in the last decades to a profound review of its principles and matters still in motion today. A brief summary of this process will serve as an introduction to pose the problems that the undertaking of three objects of renewed relevance from that discipline shows: the histories of literature, the study of literary or cultural supranational phenomena and the ancient topic ut pictura poesis.

Keywords: compared literatures – national literatures – intellectual elites

Introducción

La convocatoria de este congreso solicitaba a los participantes abstenerse de presentar trabajos de “análisis textual de tipo tradicional” y centrarse en reflexiones sobre un conjunto de temas teóricos y críticos muy atractivo, entre los cuales por cierto resultaba difícil elegir. Para ceñirme a la propuesta, pensé en interrogar los avatares de una de las tradiciones críticas más prestigiosas de los estudios literarios del siglo XX: la literatura comparada, o para usar una denominación más actual y abarcadora, el comparatismo.

Mientras pensaba en el tema, encontré por casualidad una frase de Bachelard. Dice: “La división clásica que separaba la teoría de su aplicación, ignoraba (la) necesidad de *incorporar las condiciones de aplicación en la esencia misma de la teoría*”. (Bachelard 1973). Advertí entonces dos cosas: 1) que el comparatismo parece ilustrar sin quererlo el presupuesto de la cita, porque en sus teorizaciones se pueden rastrear las concretas “condiciones de aplicación” que jalonan su historia. 2) que el tema que se me había ocurrido tenía mucho que ver con “aplicaciones” derivadas de mi propia experiencia concreta. En primer lugar, la del trabajo docente en las cátedras de Literatura del siglo XIX en la UBA hasta 2004, y de Literatura europea II actualmente en la UNR, dos materias que atraviesan los límites de las literaturas nacionales; y en segundo lugar, del trabajo de otros colegas, como las nuevas historias de la literatura argentina de Noé Jitrik y de Martín Prieto, en una de las cuales participé, y otros temas de investigación a los que estoy vinculada o que dirijo.

De modo que la primera parte de esta exposición estará destinada a presentar un recorrido por lo que podríamos llamar “los problemas *del* comparatismo”, que traté de abreviar restringiéndome a un marco acotado pero que creo estimulante para la reflexión: el de sus “condiciones de aplicación” en el ámbito académico estadounidense, ya que parece ser allí donde se ha desplazado hoy el centro de los debates sobre las transformaciones en los estudios literarios. Luego, en la segunda parte, presentaré algunos de los problemas que los asuntos específicos de los trabajos que mencioné plantean hoy al comparatismo, tanto por la misma índole de sus objetos como por la dificultad de encontrar una metodología segura y satisfactoria para abordarlos.

Parte I

El punto de partida de este recorrido es la dura crítica del comparatismo que formuló René Wellek en 1958 en el Segundo Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada, bien conocida por su título “The Crisis of Comparative Literature”. A Wellek le parecía un dato simbólico que en los diez años anteriores hubieran muerto varios de sus más altos representantes: Van Thiegem., Farinelli, Vossler, Curtius, Auerbach, Carré, Baldensperger y Spitzer. Como se ve, en la nómina predomina aquella especie en extinción de los grandes comparatistas europeos, formados en la filología dura, poseedores de un sólido conocimiento de lenguas clásicas y de varias lenguas modernas, ubicados en lugares de cruce cultural o desplazados de sus países de origen por guerras y persecuciones. El mismo Wellek, un checo formado en Alemania que había recalado en Estados Unidos, encajaría bien en ese perfil. Su crítica fue contundente: “La señal más clara de la precariedad de nuestra disciplina es el hecho de que no ha sido capaz de establecer una materia precisa y una metodología específica”. Una falla absoluta si se la mira desde el ángulo del ítem “materia y método” que figura en cualquier manual de investigación. El lapidario diagnóstico era desgranado luego rigurosamente en sus diversas facetas: factualismo, cientificismo positivista, rastreo mecanicista de fuentes e influencias, relativismo histórico, fragmentación incoherente. Wellek rescataba, sin embargo, un logro esencial: “La literatura comparada tiene el inmenso mérito de combatir el falso aislamiento de las historias literarias nacionales: es claro que acierta (y ha producido abundante evidencia para sostenerlo) en su concepción de una tradición literaria occidental coherente entretejida en una red de innumerables interrelaciones”. E insistía más adelante: “La literatura comparada surge como reacción contra el estrecho nacionalismo de buena parte de los estudios decimonónicos, como una protesta contra el aislacionismo de muchos historiadores de literatura francesa, alemana, italiana, inglesa, etc.” (Wellek 1963: 282, 283, 287; mi traducción).

Se puede ver que aquí asoman claramente dos de los postulados ideológicos mayores del comparatismo “clásico”: la confianza en la solidez de una tradición occidental, concebida a menudo como una especie de absoluto equivalente a “universal”, pero en realidad estrictamente europea, y el rechazo de los nacionalismos que ponían en peligro esa tradición, algo que dos de los grandes comparatistas mencionados en su lista trataron de contrarrestar en dos grandes libros: *Literatura latina y Edad Media europea*, de Ernst Robert Curtius (iniciado en 1932 y reelaborado en 1946 y 1947) y *Mimesis*, de Erich Auerbach (publicado en 1942). El primero de esos postulados, la apología de la tradición occidental, inscripto en los programas fundacionales del comparatismo, ha sido juzgado por Edward Said, no sin cierta rigidez, como un correlato de las concepciones eurocéntricas asociadas a la expansión del imperialismo (Said 1996: 35-114). El segundo lleva la marca de las heridas, todavía bastante próximas en 1958, provocadas por los nacionalismos que desencadenaron las guerras europeas del siglo XX, en las que muchos vieron una amenaza al ideal de la unidad de la cultura europea. En ambos casos, la construcción teórica muestra las condiciones, en este caso históricas y políticas, de su aplicación.

El lado positivo del diagnóstico de Wellek contenía varias sugerencias para reorientar la disciplina, que a su juicio debería empezar por precisar su mismo nombre, para llamarse “estudio comparativo de la literatura”, eliminando tanto la distinción todavía frecuente entre “general” y “comparada” y la separación entre historia y crítica, como lo que a su juicio era, aunque bien intencionado, el absurdo de las divisiones entre territorios lingüísticos nacionales. Esa reorientación debía producirse, según Wellek, imprimiéndole una fuerte flexión hacia la teoría e incorporando lo mejor de las nuevas corrientes contemporáneas (formalismos ruso y checo, estilística, psicoanálisis freudiano y jungiano, marxismo, *New Criticism*) para contrarrestar el factualismo externo del estudio de fuentes. Como se ve, con todo esto nos aproximamos por otra vía, ahora en un plano estrictamente epistemológico, a la comprobación del peso de las “condiciones de aplicación” en las formulaciones de una teoría, ya que esas eran en el momento las tendencias en auge. Con todo, no parece que Wellek alcanzara aquí a redefinir ni un objeto ni un método específicos para el comparatismo. No obstante, formuló una advertencia que resultaría profética: el peligro de subsumir el estudio de la literatura en el de las ideas o de la cultura, perdiendo de vista la especificidad del objeto. Una cita al respecto:

Muchos representantes eminentes de los estudios literarios, particularmente en literatura comparada, no están verdaderamente interesados en la literatura propiamente dicha, sino en la historia de la opinión pública, los relatos de viaje, las ideas acerca del carácter nacional: en resumen, en historia cultural. Amplían tan radicalmente el concepto de estudios literarios que se confunde con el de la historia de la humanidad. Pero esos estudios no harán ningún progreso metodológico si no encaran el estudio de la literatura como un objeto diferenciado de otras actividades y productos humanos. Aquí nos enfrentamos con el problema de la “literariedad”, la cuestión central de la estética, la naturaleza del arte y la literatura. (Wellek 1963: 293)

Las fechas pueden a veces no ser meros datos inertes. En ese mismo año, 1958, en que Wellek señaló en estos términos la crisis de la literatura comparada, es decir, en plena guerra fría, el Congreso de los Estados Unidos aprobó, en el marco de la llamada *National Defense Education Act*, asignar una partida, que según afirma Edward Said en *Cultura e imperialismo* fue de ciento noventa millones de dólares, para presupuestos en ciencias y en lenguas consideradas vitales para la defensa nacional. Entre los beneficiarios estaban los Departamentos de Literatura Comparada, que se expandieron entonces notablemente. La Asociación Norteamericana de Literatura Comparada acordó poco después elaborar periódicamente un informe sobre el estado de la disciplina en las universidades estadounidenses. En 1965, el primer informe, preparado por una comisión presidida por Harry Levin, empieza por reconocer que semejante expansión no hubiera sido posible sin los fondos provenientes de aquella ley de educación. Pero aun en esa coyuntura de abundancia, Levin era sin embargo cauto: formado en la alta exigencia intelectual de la escuela de Wellek, de quien había sido discípulo, advertía sobre la inmensa cantidad de recursos humanos y materiales que consideraba necesarios para dotar adecuadamente los departamentos de Literatura Comparada, desde especialistas sólidamente formados en lenguas y literaturas clásicas y modernas, doctores en Literatura comparada que preferentemente hubieran pasado por varias universidades extranjeras, hasta importantes bibliotecas con un nutrido patrimonio en diversas lenguas y literaturas. Sugería incluso que donde esos departamentos no existieran, no debían crearse sin una seria ponderación de los requerimientos financieros, institucionales e intelectuales que juzgaba imprescindibles. Y recomendaba que los recursos de un campo tan altamente especializado se volcaran en los estudios de posgrado.

En 1975, más de quince años después, el segundo informe, conocido como informe Green, daba cuenta de una situación bastante distinta de los altos estándares recomendados por Levin. Los departamentos de Literatura Comparada se habían multiplicado y seguían multiplicándose, surgiendo aun en universidades que carecían de especialistas formados y de bibliotecas adecuadas. La enseñanza se había volcado hacia los estudiantes de grado. Y en los programas de los cursos se percibían a menudo modas caprichosas, diletantismo, frivolidad. Entre los indicadores más elocuentes de esa situación, estaba el hecho irrefutable de que la lectura de los textos extranjeros se hacía ahora por lo común en traducciones y no en sus lenguas originales. (Aquí me permito introducir una digresión, para sugerir que esto último podría estar en la base de la fecunda renovación de una de las áreas tradicionales del comparatismo: los estudios de traducción). Algunas nuevas tendencias promisorias, seguía el informe, como los estudios interdisciplinarios y los orientados hacia las literaturas no europeas, que indicaban la emergencia de una visión *global* de la literatura, no podían ser ignoradas, pero exigían reduplicar los recaudos para evitar la dispersión de la disciplina y asegurar “la sofisticación teórica, el rigor metodológico, la conciencia de las complejidades históricas” que la caracterizaban. Ante estos peligros, era indispensable considerar cómo absorber lo nuevo sin dilapidar la herencia recibida y buscando proyectar lo mejor de esa herencia hacia el futuro.

En 1995, ambos informes fueron recogidos en una compilación preparada por Charles Bernheimer, que incluía el tercer informe y una selección de artículos que debaten la cuestión. Es significativo comprobar que la comisión Bernheimer incorporó por primera vez a especialistas en estudios afro-americanos, orientales, latinoamericanos, postcoloniales, culturales, de género, etc., algunos de ellos con conocimientos adicionales de musicología y de iconología. Se podría sospechar que la inclusión de los informes anteriores participa de cierto espíritu comparativo, pues la anima el propósito de señalar que las recomendaciones que en ellos se proponían ya no corresponden a las prácticas actuales de la disciplina, y reforzar, por lo tanto, la necesidad de formular para ella nuevos objetivos y métodos, teniendo en cuenta el actual colapso de las definiciones estrictas de las diferentes prácticas y la creciente porosidad que lleva de unas a otras. La piedra angular de las nuevas perspectivas es, para decirlo en pocas palabras, la búsqueda de abordajes más auténticamente cosmopolitas y transculturales, que superen el eurocentrismo restrictivo del aparente internacionalismo anterior, y atraviesen los límites tradicionales de los estudios literarios para acudir a la colaboración interdisciplinaria de “la historia, la sociología, la música, la historia del arte, el folklore, los estudios de medios, la filosofía, la arquitectura, la ciencia política”. Todo ello, se afirma, sin abandonar el estudio de la literatura en sus aspectos formales, ideológicos e institucionales, pero incluyéndolos en el marco de una aproximación relacional a las formas culturales. Esta y otras salvedades, como la de que aunque los estudios de literatura comparada así concebidos se aproximaran a los estudios culturales no quedarían subsumidos en ellos, parecen destinadas a refutar las objeciones formuladas por críticos tradicionalistas prestigiosos como Michel Riffaterre o J. Hillis Miller. Sin embargo, un pasaje del informe parece justificar esas objeciones. Dice:

El espacio del comparatismo comprende hoy comparaciones entre producciones artísticas usualmente estudiadas por diferentes disciplinas; entre varias construcciones culturales de esas disciplinas; entre las tradiciones de la cultura occidental, tanto la alta como las populares, y entre las de culturas no occidentales; entre producciones pre y post coloniales de pueblos colonizados; entre construcciones de género definidas como femeninas o como masculinas, o entre orientaciones sexuales definidas como correctas o como gays; entre modos raciales y étnicos de significar; entre articulaciones hermenéuticas del significado y análisis materialistas de sus modos de producción y circulación; y mucho más. Estos modos de contextualizar la literatura en los campos ampliados de discurso, cultura, ideología, raza y género son tan diferentes de los viejos modelos de estudio según autores, naciones, períodos y géneros literarios que el término “literatura” ya no puede describir adecuadamente nuestro objeto. (Bernheimer 1995: 42)

No me interesa extenderme aquí en las propuestas esbozadas en este último informe ni en las polémicas que suscitó, sino hacer notar la persistencia de algunas de las cuestiones planteadas en la intervención pionera de Wellek: una, que los estudios de literatura comparada se renuevan al compás de las corrientes críticas dominantes de los momentos de sus reformulaciones; otra, que estas renovaciones siempre se ven acechadas por la pérdida de la especificidad de lo literario y el desdibujamiento de sus límites, aunque en algunos casos se lo deplora y en otros se lo celebra; y que en cada una de esas encrucijadas retorna el fantasma de la indefinición del objeto y de los métodos de la disciplina. Pero no quisiera dejar de señalar que debido a su carácter oficial, en estos informes las cuestiones institucionales (departamentos, cátedras, fondos, planes y programas de grado y de posgrado, posibilidad de conseguir buenos puestos de trabajo) predominan por sobre las discusiones teóricas y metodológicas que propiciaba la intervención de Wellek. Habría que indagar si este sesgo, que además responde a la lucha por el financiamiento y por las posiciones de poder en el campo universitario estadounidense, se manifiesta con igual intensidad en los nuevos trabajos sobre comparatismo provenientes del ámbito europeo. Una rápida recorrida por algunos de estos últimos, como la lección inaugural de Georg Steiner cuando ocupó el cargo de primer profesor visitante en la cátedra de literatura comparada de Oxford en 1994; los libros de Daniel-Henri Pageaux (1994) y de Adrian Marino (1988); los trabajos compilados por Armando Gnisci en la *Introducción a la literatura comparada* (2002), y aún la nueva edición de *Lo uno y lo diverso* de Claudio Guillén (2005), que critica duramente en el prólogo la creación de las nuevas cátedras de Teoría Literaria y Literatura Comparada en España, indican que el aspecto institucional, si bien es registrado, dista de convertirse en el centro de las indagaciones.

Y como para cerrar con cierta simetría un recorrido que se inició con la coincidencia entre la intervención de Wellek y la ley norteamericana de financiamiento educacional para la defensa nacional, se podría registrar que el informe Bernheimer está fechado en 1993, el mismo año en que apareció la primera edición de *Cultura e imperialismo* en inglés. En la primera parte de ese libro, Edward Said realiza una crítica radical del eurocentrismo de los estudios tradicionales de literatura comparada, haciendo notar la coincidencia entre el desarrollo de la disciplina y la formación del mapa imperial del planeta: un dato que, como resulta evidente, no podía ingresar en un informe como el Bernheimer, crítico del eurocentrismo pero tan sometido a las presiones de la institución académica estadounidense. Quisiera dejar claro que con la reconstrucción de este recorrido no busco demonizar la literatura comparada sino mostrar el marco incómodo en que se inscribe una disciplina que, para decirlo con una figura que Nora Catelli empleó en un seminario sobre el tema, sigue permaneciendo en estado “gaseoso”.

Parte II

Teniendo en cuenta ese marco, paso ahora a formular los problemas que me fueron sugeridos por las “aplicaciones” concretas que mencioné al principio. En cada una de ellas se ponen en juego cuestiones teóricas, epistemológicas y metodológicas propias del comparatismo, que exigen una reflexión renovada sobre los objetos y métodos tradicionales. En el caso de la enseñanza de las literaturas europeas que mencioné al principio, porque ambas, tanto Siglo XIX como Europea II, son materias que atraviesan diversas literaturas nacionales y recorren además diversos períodos históricos. Se requiere, entonces, construir el objeto de estudio en torno a un concepto, como la modernidad, o a una poética, como el romanticismo, o a un período, como el Renacimiento o la Ilustración, tratando de captar, por un lado, cómo se configura de modo diferente en distintos campos literarios nacionales que a su vez poseen tradiciones lingüísticas, literarias y aun filosóficas diferentes, y, por el otro, cómo esas configuraciones pueden a la vez ser pensadas desde una perspectiva supranacional en virtud de sus múltiples interrelaciones y proyecciones.

El primero de esos problemas surgió del trabajo en y la lectura de las historias de la literatura argentina recientes. Es sabido, y algo de eso se advierte en la intervención de Wellek, que la literatura comparada pone en cuestión el estudio y aun la existencia misma de las literaturas nacionales por separado. A esa posición radical, que en los hechos se ve desmentida por la permanente producción de nuevas historias de literaturas nacionales en todos los países, se agregan hoy otros factores: la puesta en cuestión del valor de verdad del discurso histórico; el abandono de la idea de que la historia literaria expresaría la esencia o el desarrollo de una identidad nacional (y la crítica del concepto mismo de identidad nacional); la ampliación de lo que se considera literatura, considerada además como un objeto complejo atravesado por tensiones internas (alto/bajo; dominante-residual-emergente, etc.); la comprobación de que cada vez se hacen más presentes al historiador y al crítico los múltiples lazos que ligan unas con otras a las literaturas nacionales, aun las que pertenecen a conjuntos culturales y lingüísticos diferentes, como el europeo y los americanos del norte y del sur.

¿Cómo podría renovarse hoy la escritura de la historia de una literatura nacional desde una perspectiva comparatista? De hecho, teorías como las de la recepción y la de los polisistemas podrían contribuir a ese propósito, ya que permiten, por un lado, captar la formación de los horizontes de expectativa y las condiciones de las concretizaciones de la respuesta crítica y estética a las obras literarias, y por el otro, abordar la circulación de obras, autores, temas, géneros y poéticas teniendo en cuenta las posiciones desiguales de los diversos campos literarios y sus recíprocas relaciones de intercambio no unidireccional. Al desmontaje interno de la literatura como objeto homogéneo hay que agregar, como sugerí en un trabajo anterior, las tensiones externas, atendiendo a las diferentes cuotas de poder y de capital simbólico (incluido el lingüístico) de las literaturas o de los sistemas literarios (Gramuglio 2004: 11-27). En el caso particular de la literatura argentina, la pertenencia a una comunidad interliteraria internacional compleja cuya base lingüística es el español debería ser pensada como una instancia de mediación entre la historia nacional y la historia “mundial” (o al menos occidental) de la literatura. Se trataría, en suma, de reorientar la historia literaria en un sentido no nacionalista, articulando el proceso literario nacional *en contrapunto* (adopto libremente una expresión de Said) con el proceso literario supranacional. Y aquí, como ha señalado Franca Sinopoli en un estudio reciente, se hace evidente la paradoja fundamental de las historias de las literaturas nacionales: al reformularse en sentido comparatista entrarían en contradicción con las que fueron tradicionalmente sus razones de ser (Sinopoli 2002: 23-65).

Mi segundo problema para el comparatismo me fue sugerido por un proyecto de investigación que busca iniciar una historia de las elites intelectuales en América Latina. No se propone ser ni una historia intelectual ni una historia de las ideas, sino una reconstrucción histórica en clave político cultural de los diversos textos, figuras y formaciones significativos para la configuración de esas elites que operaron en los ámbitos “del arte, la literatura, las ideas, pero también en la política y en la sociedad” de los países latinoamericanos con una proyección más allá de sus propias fronteras. Raymond Williams brindó modelos ejemplares para este tipo de análisis en la literatura inglesa. Pero lo que él y otros excelentes representantes de los estudios socioculturales europeos indagaron en sus respectivos campos culturales nacionales, aquí debe pensarse en el interior de un conjunto más amplio, con mayores diferencias internas e incluso, en varios casos, desajustes temporales. Este aspecto imprime un sesgo peculiar al dato básico de que, por su misma formación cultural, las elites intelectuales ocupan una posición estructuralmente mediadora, entre el “megasistema” de la “República mundial de las letras” y los polisistemas locales a que pertenecen. Una investigación con estas características será, además de interdisciplinaria (pues deberá integrar herramientas provenientes de varias disciplinas, desde la historia política y la de las ideas hasta la sociología de la cultura y el análisis literario) también transnacional.

Una historia comparada así concebida apuntaría a la red de semejanzas, diferencias e interacciones entre los distintos ámbitos nacionales. Esto quiere decir que aun cuando intervengan especialistas en los diversos campos intelectuales nacionales latinoamericanos, la perspectiva deberá superar los límites de esas unidades, buscando el modo de articularlas a escala latinoamericana sin perder de vista las peculiaridades y diferencias locales. Pero es aquí donde surge la dificultad: ¿cómo, con qué métodos, evitar la mera suma o yuxtaposición de “casos” nacionales que se comparan? En este punto, podría ser beneficioso extrapolar las indicaciones de Jauss que Franca Sinopoli retoma para la historia literaria. Jauss señalaba la necesidad de un *tertium comparationis*, esto es, un tercer elemento externo a los que se comparan entre sí. Esto significa que la comparación no se agota en la mera yuxtaposición de los objetos que se comparan, sino en “las cuestiones que guían el contraste”. Ese tercer elemento, por lo tanto, cita Sinopoli, “no es deducible de los objetos de la comparación, sino ... de la precomprensión y el interés del intérprete”. Así, agrega, sobre uno de los casos más clásicos de comparatismo, el de los paralelos entre los antiguos y los modernos, Jauss señalaba que “el verdadero motor... había sido siempre la intención de dirigir la sociedad hacia determinadas normas estéticas y morales” (Sinopoli 2002: 23). ¿Cuál sería, en una historia de las elites intelectuales latinoamericanas, ese tercer elemento en el que residiría el núcleo del interés del intérprete, ese que sería, según Jauss, el “verdadero motor” de las comparaciones? Esto es, a mi juicio, lo que un genuino enfoque comparatista debería resolver.

Mi tercer y último problema deriva de una investigación sobre las relaciones entre literatura y pintura. Esa relación forma parte del más extenso rubro de las relaciones interartísticas, y tiene una larga historia en el pensamiento estético occidental, donde a menudo implicaba la cuestión de la jerarquía entre las artes. Originada en la Antigüedad, encontró una formulación emblemática en el célebre *ut pictura poesis* de Horacio, y un giro no menos célebre en el *Laocoonte* de Lessing. En la historia del arte occidental, las manifestaciones visibles de la relación entre poesía y pintura se suceden desde los frescos que ilustraban las escenas bíblicas en las iglesias románicas hasta las más sutiles y complejas que entablaron las vanguardias clásicas y el arte contemporáneo. Sus configuraciones verbales son muy variadas: descripciones, retratos, paisajes, *ékfrasis* y otras formas de transposiciones de arte, poesía concreta, entre otras. A mediados del siglo pasado el tema ingresó en la literatura comparada. Los abordajes tradicionales buscan analizar los casos concretos de encuentro entre las artes y las modalidades efectivas de interacción entre ellas, a partir de la admisión de que las artes figurativas o la música pueden ser objeto de la literatura, o viceversa. La vía regia de la comparación parece brindarla siempre, apunta Claudio Guillén, el lenguaje verbal, que es para él la mediación insoslayable de la comunicación intersemiótica o transemiotización. Desde esa perspectiva, la literatura debería seguir siendo siempre, en sus palabras, “el centro de gravedad”. Pues si tratara de las relaciones interartísticas en su totalidad, pasaríamos, según Guillén, al dominio de la Estética (Guillén 2005: 124-132).

¿Cómo reformular hoy un asunto tradicional como el de la relación entre las *sister arts* desde la literatura comparada? Para avanzar sobre el mero registro de una fuente artística no verbal (pintura o música, por ejemplo) en una obra literaria, los efectos de la relación deberían poder medirse por las transformaciones que las cualidades estructurales de un sistema operan sobre el otro. Para decirlo brevemente: las cualidades visuales y espaciales propias de las artes plásticas incidirían sobre los procedimientos constructivos de las artes verbales. Así, la investigación de Ana Lía Gabrieloni que suscitó estas reflexiones revela la importancia que adquirieron las crónicas de arte de los escritores franceses del siglo XIX en la configuración de un nuevo género literario: el poema en prosa. Y se podría afirmar, además, siguiendo las propuestas pioneras de Joseph Frank, que la “forma espacial”, ligada al cambio estético en las artes visuales que se inicia con el impresionismo, es un factor decisivo en la renovación de la novela europea que arranca con Proust y Joyce y llega, entre nosotros, a Juan José Saer.

Por último, si la relación entre literatura y pintura fue particularmente intensa durante el modernismo estético, como se puede ver también con el simbolismo y las vanguardias históricas, quedaría por analizar cómo se rearticula en la etapa contemporánea de la desmaterialización de la obra de arte. Nora Catelli parece ir más allá de Guillén, cuando sugiere que ya no se trata de que lo verbal funcione como mediación de las relaciones entre los lenguajes estéticos, sino de que el único soporte que quedaría hoy de ciertas manifestaciones artísticas (instalaciones que consisten en un título e instrucciones para armar, por ejemplo) es el de la expresión verbal. “¿Cómo se produciría ... –se pregunta– en los últimos treinta años, la *transemiotización*?” Y concluye: “Las artes no verbales pueden consistir actualmente sólo en la figura verbal de la *écfrasis*, que ya no rivaliza con el objeto de arte sino que lo sustituye” (Catelli 2005: 30). Si esto fuera así, si hasta la misma transemiotización quedara bloqueada, la cuestión de la relación entre literatura y pintura presentaría hoy nuevos desafíos al comparatismo.

BIBLIOGRAFÍA

- BACHELARD, Gastón (1973). *Epistemología*, Barcelona, Anagrama.
- BERNHEIMER, Charles (1995). *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press.
- CATELLI, Nora (2005). “La función de la palabra en el arte contemporáneo”. *Diario de poesía*, n° 70, septiembre-diciembre.
- FRANK, Joseph (1991) [1945]. “Spatial Form in Modern Literature”. *The Idea of Spatial Form*, New Brunswick and London, Rutgers University Press.
- GABRIELONI, Ana Lía (en prensa). *Literatura y pintura. Las palabras, las imágenes y la distinción entre poesía y prosa*. Tesis de doctorado.
- GRAMUGLIO, María Teresa (2004). “Literatura argentina y literaturas europeas. Aproximaciones a una relación problemática”. *CELEHIS, Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, a. 13, n° 16.
- GUILLÉN, Claudio (2005). *Entre lo uno y lo diverso*, Barcelona, Tusquets.
- SAID, Edward W. (1996). *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama. [Primera edición en inglés: *Culture and Imperialism*, New York, Alfred A. Knopf, 1993].
- SINOPOLI, Franca (2002). “La historia comparada de la literatura”. Armando Gnisci (comp.), *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica.
- WELLEK, René (1963) [1958]. “The Crisis of Comparative Literature”. *Concepts of Criticism*, New Haven and London, Yale University Press.